

Juan Firula, en USA:

Nostalgias de la Dulce Patria

Por Armando Méndez Carrasco
Fotografías de Carlos Sevilla

Quizás sea necesario salir del país para entender qué pasa cuando uno se aleja de la Dulce Patria. El sentimiento chileno se acentúa al aproximarse fechas como el 21 de Mayo o el 18 de Septiembre de cada año. En estos memorables días el corazón se contrae y dan deseos de partir aunque sea a pie a la maravillosa tierra o'higiniana.

No es un sentir mío, sino general. Chile ejerce presión sobre sus hijos y los chilenos en el extranjero padecemos **pal mundo**. Este resignado cronista, firulero por excelencia, siente más que nadie una **nosta** sin precedentes por Chile entero. No es una simple forma de decir; se trata de una verdad sin apelación, indiscutible.

Vivir en los Estados Unidos no es nada apetitoso. Habría que comprender que la manera de existir aquí nada tiene que ver con lo nuestro. La idiosincrasia del sistema es difícil de llevar y captar; cuesta asimilarse. Algunos no opinan así, pero otros dicen simplemente amén. Norteamérica es un mundo fabuloso de adelanto material; nada tiene que ver ningún país subdesarrollado a su lado. Si se viene a USA, por estudio, observación o turismo, la cosa es de película; empero dista muchísimo que un mortal nacido en la Pila del Ganso (Santiago), o en cerritos tan pintorescos como La Cruz o El Litre (Valparaíso), pueda acostumbrarse a la vorágine de ciudades tan rápidas como Nueva York, Miami, San Francisco o Los Angeles. No existe un paralelo lógico ni posible todavía. ¿Qué hacer? El ángulo social es más deplorable: todos están preocupados de trabajar como locos y no viven. El billete verde enferma y pone al hombre en la cumbre de la frialdad o en el borde mismo del abismo, que es más o menos lo mismo. Por esta causal, la amistad es transitoria, débil y no existe la comunicación espontánea como en cualquier ciudad, pueblo o villorrio de Chile. Aquí cada cual hace la vida a su gusto y a nadie le importa qué acontece donde el vecino. Un parroquiano puede vivir 10 años en un mismo departamento, casa o residencia y jamás tendrá interés en saber quien vive a pocos metros. Da como la impresión de que hubiese desconfianza o predominasen ciertos factores incomprensibles.

Si uno se aventura a determinadas horas de la noche a un paseo para sosegar los nervios, es probable exponerse a un siniestro ataque sin previo aviso. No se entiende. Hay ciudades como Nueva York o Chicago, donde el peligro puede aflorar en cada instante. Habría necesidad de transitar por estas urbes con la lámpara muy abierta. Basta un detalle para que se produzca un hecho lamentable o de categoría negativa. Así, por ejemplo, si un espectador sale disgustado porque no le agradó cierta película, existen bastantes posibilidades que ese sujeto para descansar o descargarse acometa al primer transeúnte que vaya pajareando o se le cruce en alguna calle o avenida. Tendríamos que creer que el cine, o más bien cierta clase de cintas, constituyen un arma descompuesta. Se hace muy difícil aclarar el porqué del comportamiento humano tan antojadizo como arbitrario. Particularmente, y considerando mis cortos años en USA he adquirido algunos hechos que estremecen e irritan. Mi amiga Irma Castillo, destacada profesora de historia, recibe, al descender de un vehículo de la locomoción colectiva, un feroz puñetazo en pleno rostro. La afectada tuvo que ser hospitalizada por

varios días y del hechor nunca se supo. Esto aconteció en mayo de 1974.

El joven Ho Rasmey, vietnamita, estudiante de inglés de la Utah Technical College, Provo, en noviembre de 1977, es agredido por un hombre rubio, y casi pierde un ojo. Tampoco hubo antecedentes previos a esta fechoría. Cuando fui aplicadísimo alumno de la Evans Edult School, de Los Angeles, California, abril de 1974, un hombre blanco que huyó le lanzó una taza de café hirviendo a la cara de una estudiante morena, oriunda de Hawai. En otra oportunidad, caminaba distraídamente por Sunset, y de repente, me sentí seguido por una niña de unos trece años. La muchacha era muy bella, pero había tal susto en su carita que me puse un poco nervioso y extraño. Nada le dije y ella tampoco me expuso su problema. Entendí finalmente que buscaba protección en mi tradicional aquietada personalidad. Caminé cerca de seis cuadras a mi lado, y al separarse me hizo cariño, me dio las gracias, diciéndome de sus temores. Claro que la "teen-ager" vio en mí un alero protector, porque al distanciarse me dijo algo acerca del "Violador de las Colinas". ¡Me quedé perplejo!

Pienso que habría que buscar los motivos de tan diversas como desatinadas disciplinas en las mismas raíces de la historia, es decir en los conflictos de la Segunda Guerra, en Corea y Vietnam. La repercusión de esas guerras dejaron huellas y todavía no se advierte renovación para el hombre del presente. La herencia es pesada para la humanidad y en especial para los hijos de la Unión Americana. Tal vez la última palabra correspondería a los sicólogos o siquiatras, mas da la impresión que ellos también tendrían que declararse incompetentes en tan espinudo como complejo asunto. A pesar de todo, creo firmemente en la buena disposición del planetario habitante; no obstante estimo que todavía estamos lejos de la frase de Plauto: "Homo Homini Lupus" ("El hombre es un lobo para el hombre"). Esta sentencia fue recogida y repetida por Bacón y Gracián, y también por este **inmortal** cronista **tipirito** neologismo por serio y formal).

No debe ser todo preocupación o crítica. A veces, no pasa nada. Hay algo, eso sí, que se presiente en forma bastante notoria. El corazón se aprieta por culpa de la nostalgia (nosta). En todo caso, la **nosta** es una enfermedad pasajera. Por estos días de mayo todos los chilenos, sin distinción, hemos recordado la gloriosa gesta del ilustre marino chileno, capitán Arturo Prat Chacón, quien pereció heroicamente sobre la cubierta del blindado "Huáscar", el 21 de mayo de 1879, hace justamente un siglo y días. ¡Es la herencia más honrosa que nos pertenece! Para con-



La chilena Carmencita Sepúlveda, en brioso instante cuequero en plena calle 12 de Los Angeles.



La lola salvadoreña, Vilma Sevilla en compañía de Pancho Vices, del Conjunto Campero, y Luis A. Cid, alias "Panchito Paga Doble". Obsérvese los pabellones de Chile y USA.



Con festiva y clásica vestimenta huasa, Ricardo Flores, dueño del Rincón Chileno, saca chispas cuequeras sobre las graderías del templo St. Joseph. Aplauden Teresita Varas, Margarita Gómez y ameniza el Conjunto "Canta Chile".

memorar tan gloriosa hazaña como sacrificio, los chilenos que vivimos en Los Angeles, California, asistimos a una magna misa recordatoria en la Iglesia de San José, de la calle Doce y Los Angeles, y pedimos a Dios que la tranquilidad fuese siempre de Chile y sus hijos ausentes. Creo que me sentí muy contento al oír muchas voces de la Patria. Luego de

la ceremonia litúrgica, se bailó cueca durante varias minutos en las graderías de la puerta principal del templo. Hubo derroche de alegría y entusiasmo, y los vivos chilenos atronaron el espacio. Previamente, al finalizar el oficio religioso, la chilena en pleno coreó la Canción Nacional. ¡Lástima que los 21 de mayo no puedan celebrarse todos los días!



Distinguidas damas chilenas sostienen los emblemas de Chile y USA. Sapea el cabritito chileno, hijo del entusiasta Raúl Alarcón, presidente del Club de Huasos de Los Angeles.